

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## DIARIO DE UN LECTOR

# «Acapulco, capital mundial de la comunicación»

HOY no debe tomarse en su estrecho sentido el sobretítulo de estos artículos. No voy a hablar de libros, aunque sí de «lecturas», de «legibilidad» de los mensajes, de un cierto y fomentado analfabetismo funcional de lo que de verdad se dice a través de los media, y hasta del modo de «escribir», no sobre el papel sino en el aire. Voy a escribir sobre el Encuentro Mundial de la Comunicación que se celebró en Acapulco, Méjico, del 20 al 26 del pasado mes de octubre. Fui el único conferenciante español, el único también que habló en español (había traducción simultánea), pues Joaquín Rodrigo lo hizo en el lenguaje universal de la música. Asistieron también como invitados representantes de organismos los entonces director y subdirector generales de Radio Televisión Española, y Eugenio Fontán, director general de la Sociedad Española de Radiodifusión, los cuales guardaron un silencio discreto y total. Estuvo presente también F. Fernández Shaw, pero más bien, me parece, en nombre del Instituto de Cultura Hispánica y en relación con OTI, Festival Internacional de la Canción Iberoamericana, el cual tuvo lugar al mismo tiempo y en el mismo lugar que nuestro encuentro. Hubo una buena intervención en el primer Coloquio del español residente en Méjico Modesto Seara, el buen amigo Joan Costa fue el único representante de Cataluña y en la Organización misma dos españoles, Eulalio Ferrer desde la Presidencia, con muy activa colaboración y Paco Ignacio Taibo en Prensa, contribuyeron muy eficazmente al éxito del Encuentro.

Gacetilla: Todos los actos del Encuentro, organizado por Televisa S. A., «el complejo de Televisión y Comunicaciones electrónicas más amplio de América latina» (desde luego, aunque las comparaciones sean odiosas, enormemente superior, desde el punto de vista técnico y, por supuesto, desde los demás, a la mediocre TV española) tuvieron lugar en el magnífico Centro Cultural y de Convenciones, «uno de los mejores del mundo, perfectamente equipado para esta clase de eventos», inaugurado hace menos de un año. Todos los actos se televisaron, gran parte de ellos a 39 naciones, vía satélite, y el Encuentro en su totalidad grabado en video-tape.

Junto al fabuloso despliegue de medios —el slogan «Acapulco, Capital Mundial de la Comuni-

cación del 20 al 26 de octubre de 1974», por más que a mí me gusten poco tales expresiones, se hizo verdadero— el interés del Encuentro consistió en la originalidad de su organización. La mañana era dedicada a las conferencias sobre comunicación —o, para decirlo pedantemente, a la metacomunicación, a hablar de la comunicación— que tuvieron lugar en la espléndida Sala Teotihuacan, con cabida para más de 2.000 personas. La tarde, en la Sala Tajín, a los testimonios orales de excepcionales comunicadores, los de dos Astronautas, G. Carr y P. Conrad, los de los nuevos Músicos, los de los Cineastas, representados por R. Polanski y S. Leone, los que se enfrentan a la multitud, en la ocasión el futbolista Pelé, los de los Actores, personificados, según el lector podría predecir, por Mario Moreno, «Cantinflas», y, en fin, el mismo Festival OTI. La noche, en el bello teatro Juan Ruiz de Alarcón —está bien la asociación de este nombre mejicano-español a los otros, prehispánicos— a la comunicación artística: exhibición privada de la película «Terremoto», no estrenada aún, espectáculo musical de The Fifth Dimension, concierto Joaquín Rodrigo, ejecutado por la Orquesta Sinfónica del Estado de México, Liza Minnelli, por primera vez en Méjico, igual que «La 5.ª Dimensión» y, en fin, en Netzahualcayotl, el grandioso teatro al aire libre, el estupendo Ballet Folklórico de México, de Amalia Hernández.

Centrándonos en la parte teórica, la primera sesión, presidida por Miguel Alemán Velasco, director general del Encuentro también, tuvo por tema «El porvenir de la comunicación» y en ella participaron el francés Abraham A. Moles y el americano Wilbur Schramm. El primero es bien conocido entre quienes en Europa se dedican a estas investigaciones, pero casi totalmente desconocido por los Estudiantes de Méjico —de los que, nota simpática, y que dio su máxima vitalidad al Encuentro, había cientos y cientos en Acapulco, venidos de diferentes partes del país, y en estrecha comunicación con algunos de nosotros—, los cuales conocen en cambio muy bien la obra de Schramm, quizá el teórico con más prestigio hoy dentro de los Estados Unidos. (Vi con satisfacción que en algunas Escuelas se tiene como libro de texto mi libro La comunicación humana). La segunda sesión, dedicada a la «Tec-

nología de la comunicación», fue dirigida por R. W. Beaton, presidente de UPI, y en ella hablaron H. A. Rosen, conocido tecnocientífico de la comunicación vía satélite, y J. T. Johnson, presidente y vicepresidente de las dos más importantes Corporaciones de este tipo de comunicaciones. La tercera sesión, dirigida por el profesor de Comunicación de masas de la Universidad de Minnesota Robert Lindsay y dedicada al tema «Recepción del mensaje y respuesta», tuvo como conferenciante al profesor L. M. Nelson, de Stanford, y a G. Blechta, técnico en los aspectos comerciales de la comunicación. En la cuarta sesión, que presidió Jacques Fauvet, director de Le Monde, hablamos J.-L. Servan-Schreiber y yo, sobre «Ética de la comunicación». La quinta, bajo la presidencia del brasileño Walter Clerk, congregó a J. Goodman, presidente de NBC, asistido por su colaborador Herminio Traviesas y a Umberto Eco, para hablar de la «Transmisión del mensaje». Y en fin, la sexta y última sesión, presidida por Fausto Zapata, subsecretario de la Presidencia, en representación del presidente de la República, tuvo por conferenciante a M. M. Mac Luhan y a J. K. Galbraith.

Personalmente las sesiones que más me interesaron fueron la primera, en la quinta la intervención de Umberto Eco y en la sexta, pese a todos los pesares, la de McLuhan. Hay el intento europeo —Moles, Eco— y el intento americano —Schramm— de creación de una teoría de la comunicación, en el primer caso mucho más puramente «teórica» que en el segundo. McLuhan, más que una voluntad de ciencia, encarna el espíritu profético-poético, profecía del presente, de la nueva Era que habría comenzado ya, y una visión filosófica, histórica, cultural y literaria de la transformación del Hombre como consecuencia del apresamiento de su vida entera en la red de los media audiovisuales. Como todos los profetas, tiene poca capacidad de diálogo y tiende al dogmatismo. Despectivo para lo que llama «conventional communication theory», cuanto dijo en su conferencia estaba en la línea de su último libro, Take Today. Curiosamente, quien mayor sensibilidad posee para lo que en un plano profundo significan los mass media, no tiene la menor simpatía por ellos, particularmente por la TV, como reiteró en el coloquio que tuvimos en

la mesa presidencial con el presidente de la República, Luis Echeverría, el día que le fue ofrecido el banquete de honor por los organizadores del Encuentro y en nombre de todos por Rómulo O'Farrill Jr. Fauvet, quizá como director de un diario que, como todos, ve amenazada su audiencia por la TV, abundó en las ideas de McLuhan y antes, del presidente de la República, si bien las de aquellos se hacían desde un punto de vista conservador, en tanto que las de éste respondían a un talante de populismo ruralista. Otros, Umberto Eco, Wilbur Schramm, yo mismo (que raras veces miro la televisión) sostuvimos una posición más matizada en cuanto a su valoración.

Es claro que por debajo de nuestros propósitos, teorizantes y extranjeros, transcurría un diálogo político del presidente con los mejicanos. Luis Echeverría está sumamente interesado en cambiar su imagen, inclinándola, no sé con qué éxito, hacia la izquierda. Pero esto es otra historia, justamente la del Méjico de la revolución, el PRI y la pseudo revolución, en la que no puedo entrar aquí (1). Si quisiera, poner fin a este artículo haciendo notar que el Encuentro me recordó en su estilo triunfal, y salvando todas las distancias pertinentes, a lo que supe de los penúltimos juegos olímpicos. Y que, sin grandes recursos, en Barcelona se han celebrado ya dos congresos de comunicación que tanto en la valía de los investigadores participantes, como en la decidida voluntad de unir a la teoría experiencias prácticas de comunicación, no tuvieron nada que envidiar a este Encuentro. Aunque sí, claro, en cuanto a los medios materiales de que se dispuso, indispensables para hacer viable una plena comunicación internacional.

José Luis L. ARANGUREN

(1) Quien esté interesado en el tema puede leer el librito muy reciente de Daniel Cosío Villegas. El estilo personal de gobernar, continuación de otro, El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio, publicados ambos por la editorial Joaquín Mortiz S. A., México.

## EL TONO Y LA CANCIÓN

# LA METAMORFOSIS DE «LA MARSELLESA»

«C'EST le ton qui fait la chanson», dice el dicho. Y es un dicho tan francés, tan irónicamente francés, que uno no comprende cómo ha podido pasar tanto tiempo sin que desde el palacio del Elíseo se tomasen las medidas adecuadas respecto a «La Marsellesa». Parece ser que, ahora, el presidente Giscard ha dado ya las órdenes oportunas. Según las noticias de prensa, se trataría de dar al himno nacional de Francia una «allure» más solemne o más ceremoniosa: quizá más «augusta», con la connotación antirrepublicana que implica este adjetivo. O sea, algo parecido al «God save the King» o al «Deutschland über alles». «La Marsellesa» arrastraba, arrastra todavía, su «pecado original». Fue una canción callejera, y peor aún, revolucionaria, hija de una guerra civil al fin y al cabo, que, aunque logró ser aceptada por la generalidad de la ciudadanía, nunca dejó de oler a chusma y a barricada. Hoy, en los trámites oficiales del Estado, que ya es el Estado de Giscard d'Estaing, su chinchín no acaba de ser satisfactorio. Más bien suena a desplazado. A la mayoría de los personajes del «establishment» vecino les molesta la genealogía de la tonadilla: tanto como le molestaba a Charles Maurras, por ejemplo. Pero ya lo tienen digerido, eso: la Bastilla y su toma pertenecen a la historia, o tal vez al folklore, y no alcanzan a sentirlos como cosas «vivas». Excepto en un punto, favorable: el «Allons, enfants de la patrie» se convirtió en una droga del chauvinismo galo...

Bueno. Vayamos por partes, o a palmos. «La Marsellesa», para empezar, antes de ser «La Marsellesa» fue una partitura de «Tantum ergo». Exactamente de aquello del «Tantum ergo sacramentum veneremus cernui» que se cantaba en las reservas preconciliares. La letra pertenece, según tengo entendido, a santo Tomás de Aquino. «Praestet fides supplementum sensuum defectui...» ¿Es cierto, o no? Puede que no sea cierto, pero está bien hallado. Una música nunca pasa de ser una música, y su «Intención», de entrada, vendrá decidida por la «letra». El compositor de «La Marsellesa» pensó sus notas en función de una liturgia eucarística, y al final, las aprovechó para la indignación popular del 93 (o del año que fuese, que lo mismo da). Existen versiones grabadas en disco de esa primitiva peripecia de «La Marsellesa»: un tenor y un coro, y un acompañamiento de clavecín. En la hipótesis litúrgica, en vez del clavecín funcionaría el órgano. Reducida al pequeño instrumento de tecla burgués, la canción tiene un jovial aire de minué o de chacona. Y sin embargo, «sirvió» para lo que tuvo que servir. Como «La Carmagnole» o el «Ça ira». La gente, reunida, para sentirse unida, necesita cantar a coro. Lo que sea: el «Tantum ergo», la «Internacional» o el «Y viva España». Todo depende de la circunstancia. En los momentos finales del XVIII, la presunta Francia insurgente entonó «La Carmagnole», el «Ça ira», «La Marsellesa». Luego vino lo que vino...

Y «La Marsellesa», unida por imperios y repúblicas, sufrió, o experimentó, una curiosa transformación. De ser una explosiva vociferación popular, pasó a ser material de las «fanfaras» municipales y castrenses de lo que llamamos el «país» del otro lado de los Pirineos. El ritmo del himno adquirió una sospechosa vivacidad, con cornetas y tambores. Del «Tantum ergo» y del minué pasó a la energía cuartelera. Que nadie se llame a engaño: la Resistencia (con mayúscula) se alimentó, sonoramente, de la fluorescencia castrense del «Allons enfants etcétera», y de Gaulle, desde su refugio de Londres, se sumó al gorgorito. De Gaulle era monárquico, como Petain, y «La Marsellesa» le fastidiaba. Pero una «Marsellesa» interpretada por la banda de un cualquier regimiento era otra cosa. ¡Y

tanto! Mucho antes de que el orfeón de Gaulle-Thorez-Malraux, al día siguiente de la «Liberación», se lanzase a vocalizar «La Marsellesa», un escritor inglés de derecha, y muy de derecha, apellidado Chesterton, ya había puesto el dedo en la llaga. Gilbert K. Chesterton insinuó, por los años 30, que «La Marsellesa» no era mucho más revolucionario, en tanto que himno, que el «Home, sweet home» anglosajón. Valgan las comparaciones locales: no más revolucionario que el «Corazón Santo, Tú reinaras» o el «Venid y vamos todos, con flores a María». Aproximadamente, claro.

Es como digo. Y siendo así, «La Marsellesa» sigue siendo un cuplé vidrioso. Hay que ser comprensivos, y procurar entenderlo. Cuando se concentran, en Francia, los comunistas, antes de entregarse a la «Internacional», o después, se creen obligados a gritar «La Marsellesa», para que no se diga. Y ni siquiera por ese escrupulo: les nace el cantarla, porque los comunistas franceses son, salvo error u omisión, tan «patriotas» o más que Maurras. No digamos, pues, lo que es «La Marsellesa» en las bocas gaullistas, social-demócratas o del fascismo subalterno, con la excepción de un eventual «orleanismo» provincial... A Giscard d'Estaing tampoco le gusta «La Marsellesa», en el fondo. Ni le gusta «La Marsellesa» de los comienzos, por demasiado gruesa y sudorosa, propia de algunas masas remotas, que evocan la guillotina y lo demás; pero tampoco debe gustarle «La Marsellesa» militarizada, bonapartista, colonialoide y antigermana. Su política es otra: civil y tecnocrática, confusamente europeísta, justamente neocapitalista, y con la dolorosa espina de la «crisis» clavada en una de sus ancas. Mira a su alrededor, y los ejemplos menos ridículos son la Corte de San Jaime y la República Federal Alemana. Los himnos de estas zonas proceden de tal o cual quinteto de Haydn: unas melodías para violines, que las charangas áulicas no supieron desvirtuar. Y eso es lo que el presidente Giscard envidia al «premier» británico y a su homólogo boche. La diferencia es clara: las dinastías anglo-prusianas, con Hitler como adherido, disponían de músicas ilustres, palatinas, delicadas: las incontables y divertidas (y envidiables) repúblicas francesas sólo contaban con «La Marsellesa».

Un día u otro, a través de las radios y las teles, escucharemos una «Marsellesa» nueva. Una «Marsellesa» que ni siquiera Malraux —ese impertérrito Maurras aventurero y (¡ay!) no provenzal— pueda cantar. Ni el ánimo en pena de de Gaulle. Ni Rouget de Lisle, que saliese de su tumba. Esa «Marsellesa», como ya la recusaba sarcásticamente Chesterton, será una estricta formulación contrarrevolucionaria: mínimamente antiliberal, se entiende. Los sociólogos de turno la homologarán con el «God save the King». ¿Cómo no! Si son lo suficientemente listos para ver de qué va la cosa... La idea de que entre Robespierre y Giscard pueda establecerse una vinculación —y la fiesta del 14 de julio de por medio—, pasando por «l'Empereur», por Felipe Igualdad, por el marido de Eugenia de Montijo, por Clémenceau (¡qué glorioso imbécil!), por monsieur Laval, y el compañero Auréli (¿compañero?), y el general Charles de Gaulle, y Pompidou, no deja de ser instructiva. Todos cantaron «La Marsellesa»: a gusto o a disgusto. Aquella precisa expectoración del de Gaulle londinense, que silabizaba lo de «Liberté, liberté chérie», quedó en el concho de M. Marcellin. Un personaje tan siniestro como Marcellin todavía era un posible cantante de «La Marsellesa». Con lo cual «La Marsellesa». Con lo cual «La Marsellesa» se degradaba al nivel de una irrisoria festividad «chauvine». Una desgracia de la «política

y del «derecho político» occidental y ex cristiano es la inanidad absoluta. ¿O no?

Giscard es un nieto —uno de los muchos posibles nietos— de Robespierre. Sin Robespierre no habría habido ni siquiera un de Gaulle, ni un Pompidou, ni un Giscard...

O sea: que Giscard es un biznieto de Robespierre que se avergüenza de su bisabuelo. Al fin y al cabo, Giscard no pasa de ser un aristócrata superviviente. Aunque no eso sólo. Giscard se beneficia de que alguien tomase la Bastilla. Pero él no está demasiado seguro de que la vieja «Marsellesa» sea lo suyo. Al contrario. De ahí su intento de elevar «La Marsellesa» al grado insigne del «God save the King». Cuando en Francia un grupo pre o para-electoral se conmueve, emite una «Marsellesa»... Cuando lo hace la extrema derecha, podemos echarnos a reír. «La Marsellesa» nacionalista, infecta, ridícula, gritada a la vez por los comunistas y por la extrema derecha no-monárquica, ¿qué es, o qué podría ser?... Esa «Marsellesa» todavía era sugestiva hace quince años, todo lo más. Y continúa siéndolo, desde luego, a muchos niveles. Pero esa administrativa Francia «giscardiana» necesita un himno aséptico: ni demagógico ni marcial. Como las «marchas reales» antiguas: una melodía pegadiza y suntuosa. Cualquier melodía, en manos de un músico despierto, puede ser eso —eso y lo otro: el anti-himno—. Monsieur Giscard ha sabido escoger. Hará de «La Marsellesa» una pieza sinfónica potable, eliminando las reminiscencias del «Tantum ergo», las de la ira revolucionaria, las del militarismo local. Es lo que le faltaba a «La Marsellesa»: su «despolitización», su ascenso a rito, su equiparación final a las murgas «cortesanas». A partir de ahora, si hay suerte, «La Marsellesa» dejará de ser lo que hasta ahora ha sido, y se convertirá en un runrún lujoso, para recepciones de diplomáticos y finales de programa de televisión...

Bien mirado, «La Marsellesa» fue la producción más estúpida que dio de sí la Revolución Francesa. Su estupidez la hizo aplaudible y gorjeable por una cierta muchedumbre. Nadie se chupa el dedo: ni se lo chuparon los caciques de la fantasmagoría revolucionaria, ni los equipos de Giscard. «La Marsellesa» no es la «Carmagnole» ni el «Ça ira». Lo de Rouget de Lisle, diga lo que quiera la anécdota superficial, es pura risa. Por eso ha perdurado. El jacobinismo francés se olvidó del «Ça ira» y de la «Carmagnole». Deliberadamente, es decir, maliciosamente. Y puso «La Marsellesa» en el candelero... La erigió en «himno nacional». «Et pour cause!»... A través de compases solemnes y calmosos. «La Marsellesa» volverá a ser el «Tantum ergo» anterior a Voltaire, anterior a Rousseau, anterior a todo: será una «symphonie pour le souper du roy». «La Marsellesa» fue un cantable aceptable por Léon Blum, por Aragon, por De Gaulle, por el difuminado Bidault, y por Jean-Paul Sartre. ¿No cité ya a Thorez? Añadamos su sucesor, según la ley sálica: un señor cuyo nombre se me escapa, con facciones de caballo y de una indigencia intelectual obvia. Cuando esta vasta y espectral fauna canta «La Marsellesa», Maurras, desde su tumba, se lo debe pasar bomba. «La France, la France seule...» «Allons enfants de la patrie...» Todo es uno y lo mismo.

También pienso en una «Marsellesa» que equivalga a un «Dios ira, dies irae...» Pero esto es, o podría ser, tema de otro artículo...

Joan FUSTER